

Poemas de Gabriela Mistral

=Envío de la autora, en estos días con nosotros.=

La fuga

Madre mía, en el sueño
ando, por paisajes cardenosos.
Un monte negro que se contornea
siempre para alcanzar otro y el otro,
y tú estás en aquel monte que sigue
y siempre existe otro monte redondo
que circundar para pagarle el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Pero a veces tú misma vas haciendo
el camino de engaños y de expolio.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos;
mas no podemos vernos en los ojos,
y no podemos trocarnos palabra,
como Orfeo y Euridice en nosotros,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
las dos con mudos corazones rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo adentro en un peso angustioso
y amoroso a la vez; te llevo como
hijo galeoto a padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos
sin decir el secreto doloroso,
que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos al dios que es de nosotras.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos
como dicen que quedan los gloriosos:
delante de su Dios en dos anillos
de luz o en dos medallones absortos
ensartadas en un rayo de gloria
o acostadas en un cauce de oro.

O te busco y no sabes que te busco,
o vas conmigo y no te veo el rostro,
o vas en mí, y en convenio terrible,
sin dar caricia ni aceptarme diálogo,
siempre por el rosario de los cerros
que cobran sangre por entregar gozo
y hacen danzar en torno a cada uno
hasta el momento de la sien ardiendo
del cascabel de la vieja demencia,
o de la trampa en el vórtice rojo.

Nocturno III

Te olvidaste del rostro que hiciste
en un valle a una oscura mujer;
olvidaste entre todas tus formas
sus facciones de ansia y de sed;
cabras vivas, vicuñas doradas
te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida
las criaturas que te hacen tropel;
te han tapado mis hombros las dunas
y mi frente algarrobo y maitén.
Cuántas cosas gloriosas hiciste
te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca
la canción por la sola merced;
como Tú me enseñaste este modo
de estirarte mi esponja con hiel,
yo me pongo a cantar tus olvidos
por hacerte la cara volver.

Yo te digo que me has olvidado:
pan de tierra que es insipidez,
leña triste que sobra en los haces,
pez sombrío que afrenta la red.
Yo te digo con otro que hay tiempo
de sembrar como el de recoger. ⁽¹⁾

No te cobro la inmensa promesa
de tu cielo en niveles de mies;

⁽¹⁾ Salomón.



no te digo apetitos de arcángeles
ni potencias que me hagan arder;
no te busco los prados de música
donde a tristes pusiste a pacer.

Tanto tiempo ha que masco tinieblas
que la dicha no sé reaprender;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies;
tantos años que muerdo el desierto
que mi patria se llama la sed.

La oración ya se me ha ennegrecido
hierro oscuro que fué brillantez;
la oración de colinas divinas
se ha raído en la gran aridez,
y ahora tengo en la mano una nueva
la más seca ofrecida a mi Rey.

Dame Tú el acabar de la encina
en fogón que no deje la hez;
dame Tú el acabar del celaje
que su sol hizo y quiso perder;
dame el fin de la pobre medusa,
que en la arena consume su bien.

He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén;
he aprendido el amor de la nada
apetito de nunca volver,
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
rebanada de Jerusalem.

New York, nov. 1930.

Nocturno IV

Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer,
una brasa violenta cosida
de la frente con rayo a los pies.
Yo le quise, le quise el destino,
pero yo no lo pude tener.

Brasa breve he llevado en la mano,
llama corta ha lamido mi piel.
Viento tuyo no vino a ayudarla
y blanquea antes de perecer.

Yo no he sido tu Santo Francisco ⁽¹⁾
con su cuerpo en un arco de amén,
sostenido entre el cielo y la tierra
cual la cresta del amanecer,

⁽¹⁾ Francisco de Asís.

escalera de limo por donde
ciervo y tórtola oíste otra vez.

Esta tierra de muchas criaturas
me ha llamado y me quiso tener;
me tomó cual la madre a su entraña
me le dí por mujer y por fiel.
Ella bien me ha mecido en sus pechos
para bien macerarme después.

Yo no he sido tu fuerte Vicente,
confesor de galera soez,
besador de la carne perdida
con su llanto siguiéndole en grey,
aunque le amo más fuerte que mi alma
y en su pecho he tenido sostén.

Mis sentidos perversos no curan
una llaga sin se estremecer;
mi pie'ad ha volteado la cara
cuando Lázaro ya es fetidez
y mis manos vendaron tanteando,
incapaces de amar cuando ven.

Y ni sé ser el otro Francisco ⁽¹⁾
con el rostro en el atardecer,
tan sereno de haber escuchado
todo mal con su oreja de Abel,
corazón desde aquí columpiado
en los coros de Melquisedec.

Yo nací de una carne tajada
en el seco riñón de Israel,
macabea que da Macabeos,
miel de avispa que pasa a hidromiel
que há cantado cosiendo sus cerros
por cogerte en el grito los pies.

Caridad no mayor que una rosa
me ha costado jadeo tener.
Mi perdón es sombría jornada
en que miro diez soles caer;
mi esperanza es muñón de mí misma
que volteo y que ya es rigidez.

Te levanto mi canto vencido
con vergüenza de hacer descender
tu semblante a este campo de muerte
y tu mano a mi gran desnudez.
Tú que losa de tumba rompiste
como el brote que rompe su nuez,
ten piedad del que no resucita
ya contigo y se va a deshacer
con las cosas que a Cristo no tienen
y de Cristo no baña la ley.

(Cielos morados, avergonzados
de mi derrota;
Capitán vivo y envilecido
de mi derrota.
Nuca pisada, ceño pisado
de mi derrota;
Cuerno enlodado de ciervo noble
de mi derrota.)

New York, nov. 1930.

Viejo león

Tus cabellos ya son
blancos también,
miedo la dura voz,
la boca «amén».

Tarde se averiguó,
tarde se ven,
ojos sin resplandor,
sorda la sien.

Tanto se padeció
para aprender
apagado el fogón,
rancia la miel.

⁽¹⁾ Francisco de Sales.